



CARTAS DE
AMOR A LOS
MUERTOS

AVA DELLAIRA

Traducción del inglés

I. C. Salabert

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Love Letters to the Dead*
Publicado en Estados Unidos por Farrar Straus Giroux Books for Young Readers,
un sello de Macmillan

© de la obra: Ava Dellaira, 2014
Publicado por acuerdo con Straus, Giroux, LLC a través de Sandra Bruna
Agencia Literaria, S.L. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Irina C. Salabert, 2015
© de los detalles que acompañan el texto: Lehanan Aida, 2015

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

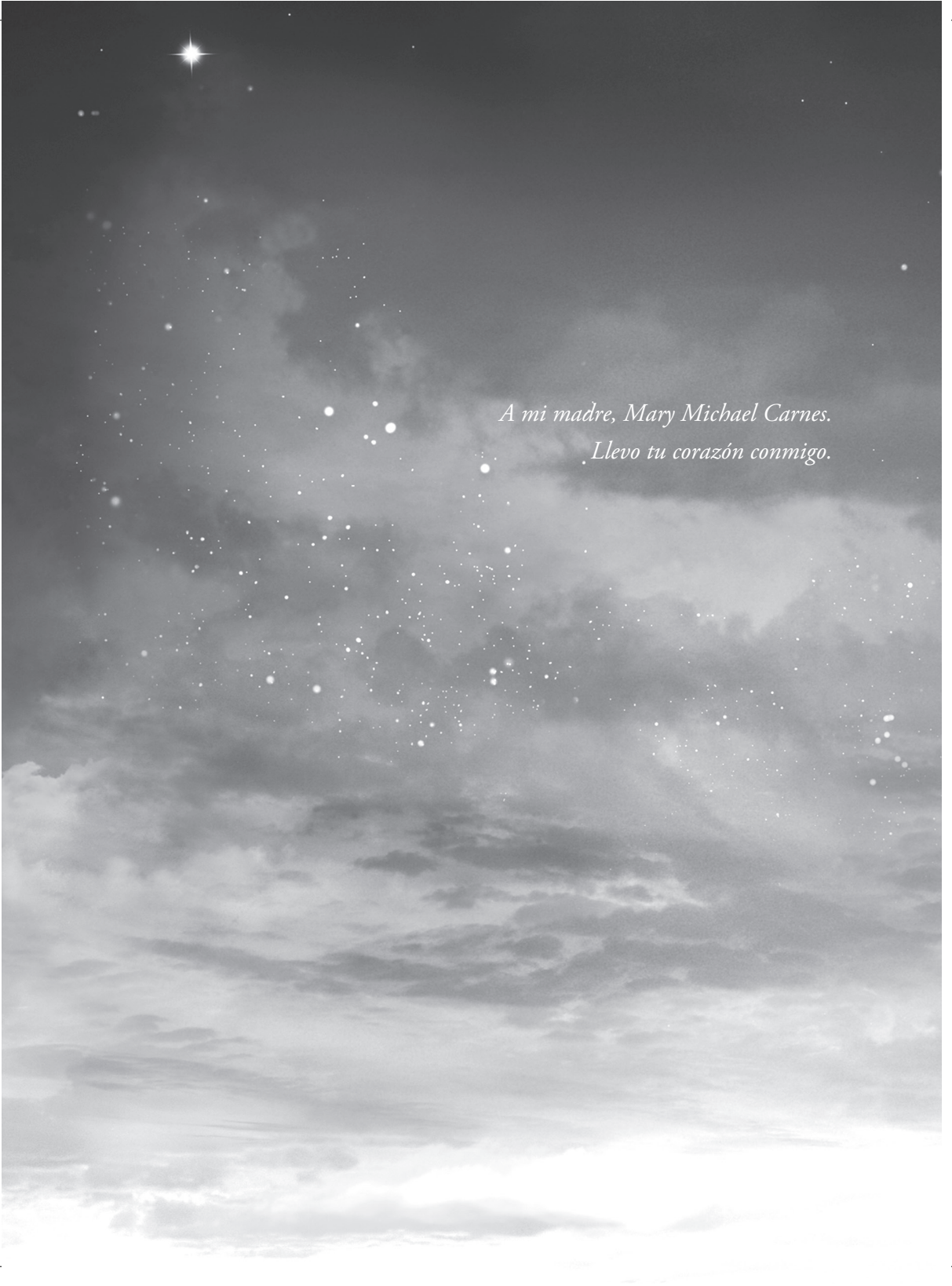
Primera edición en Nocturna Ediciones: noviembre de 2015

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

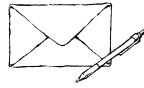
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-944243-2-8
Depósito Legal: M-34255-2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



*A mi madre, Mary Michael Carnes.
Llevo tu corazón conmigo.*



Querido Kurt Cobain:

Hoy la señora Buster nos ha puesto nuestros primeros deberes de Lengua: escribirle una carta a alguien que haya muerto. Como si la carta pudiera llegarte al cielo o a una oficina de correos para fantasmas. Probablemente quería que escribiéramos a un antiguo presidente o algo por el estilo, pero yo necesito a alguien con quien hablar y no podría hablar con un presidente. Contigo sí.

Ojalá pudieras contarme dónde estás ahora y por qué te fuiste. Eras el músico favorito de May, mi hermana. Desde que ella se fue, me cuesta ser yo misma porque no acabo de tener claro quién soy. Y ahora que he empezado el instituto, necesito averiguarlo cuanto antes; de lo contrario, sé que aquí me hundiría.

Lo poco que sé del instituto es por May. En mi primer día abrí su armario y me topé con la ropa que la vi llevar en su primer día: una falda plisada con un jersey rosa de cachemira al que le había cortado el cuello para remendarlo con un parche de Nirvana, la cara sonriente con los ojos en forma de equis. Pero la cuestión es que May era preciosa de una manera muy singular: tenía el pelo muy suave y caminaba como si perteneciera a un mundo mejor, de modo que el conjunto le pegaba. Cuando yo me lo puse y me miré al espejo, tratando de sentir que pertenecía a algún mundo, a mí me quedaba

como un disfraz. Así que me vestí con mi ropa favorita de la secundaria: un peto vaquero con una camiseta de manga larga y pendientes de aro. Tan pronto como puse un pie en el vestíbulo del instituto West Mesa, supe que lo que llevaba no era lo adecuado.

Lo siguiente que descubrí fue que nadie espera que te lleves el almuerzo de casa. Lo que supuestamente debes hacer es comprar pizza y galletas Nutter Butter o no comer nada. Mi tía Amy, en cuya casa dormo una semana sí y otra no, ha empezado a prepararme bocadillos de lechuga y mayonesa en panecillos redondos, porque a May y a mí de pequeñas nos gustaban. Entonces yo tenía una familia normal; es decir, no una perfecta, pero estábamos mamá y papá y May y yo. Ahora parece que ha pasado mucho tiempo desde aquello... Sin embargo, la tía Amy se esfuerza y le gusta tanto prepararme esos bocadillos que no puedo explicarle que no encajan en el instituto. Así que me meto en el baño de chicas, me los como lo más rápido que puedo y tiro la bolsa de papel a la papelera.

Ya ha transcurrido una semana y aún no conozco a nadie de aquí. Todos los chicos de mi clase de secundaria fueron al instituto Sandía, que es al que asistió May. Yo no quería que allí empezasen todos a sentir lástima de mí y a hacer preguntas para las que no tenía respuesta, por lo que en su lugar me vine al West Mesa, del distrito de tía Amy. Supongo que esto podría considerarse un nuevo comienzo.

Como no me apetece pasarme los cuarenta y tres minutos del almuerzo metida en el baño, al terminar el bocadillo salgo y me siento junto a la verja. Me vuelvo invisible para ser una mera observadora. De los árboles están empezando a caer hojas, pero el aire aún

resulta sofocante. Hay un chico al que me gusta mirar; por lo que he averiguado, se llama Sky. Lleva a todas horas una cazadora de cuero, pese a que el verano aún no ha terminado, y algo en él me recuerda que el aire no se limita a estar ahí, sino que es algo que respiras. Aunque se halle al otro lado del patio, creo percibir su respiración.

No sé por qué, pero en este lugar lleno de extraños es reconfortante que Sky y yo respiremos el mismo aire. El mismo que tú respirabas. El mismo que May respiraba.

A veces tu música suena como si hubiera demasiadas cosas apriionadas en tu interior. A lo mejor ni siquiera tú podías sacarlas todas... A lo mejor por eso te moriste, porque explotaste.

Supongo que no estoy haciendo los deberes como debería. Puede que vuelva a intentarlo después.

Atentamente,
Laurel



Querido Kurt Cobain:

Cuando hoy al final de la clase la señora Buster nos pidió que le pasáramos las cartas, yo miré el cuaderno donde había escrito la mía y lo cerré. En cuanto sonó el timbre, metí a toda prisa mis cosas en la mochila y salí. Hay ciertas cosas que no puedo contar a nadie, excepto a la gente que ya no está aquí.

La primera vez que May me puso tu música yo estaba en octavo grado y ella, en décimo. Desde que empezó el instituto fue como si gradualmente se alejara más y más. Yo la echaba de menos, así como los mundos que juntas nos inventábamos; pero esa noche volvimos a estar sólo nosotras dos en el coche, ella puso «Heart-Shaped Box» y yo tuve la impresión de que nunca había oído algo semejante.

Cuando May desvió la vista de la carretera y preguntó: «¿Te gusta?», sentí que me había abierto la puerta a su nuevo mundo y me estaba invitando a entrar. Asentí. Era un mundo lleno de emociones para las que aún no tenía palabras.

Últimamente te he vuelto a escuchar. Pongo *In Utero*, cierro la puerta y los ojos y lo escucho muchas veces. Y cuando estoy así con tu voz..., es difícil de explicar, pero siento que las cosas empiezan a cobrar sentido.

Después de que May muriera, el pasado abril, fue como si mi cerebro se hubiera desconectado. No sabía qué contestar a las preguntas que mis padres me hacían, así que básicamente dejé de hablar por un tiempo. Y al final todos dejamos de hablar, al menos sobre eso. Eso de que el dolor te acerca a los demás es un mito. Nosotros nos separamos cada uno en una isla: papá en casa, mamá en el piso al que se había mudado hacía unos años, y yo me dediqué a rebotar de uno a otro en silencio, ya demasiado apartada del colegio como para ir los últimos meses.

Poco a poco, papá subió el volumen de sus partidos de béisbol, volvió a trabajar en Rhodes Construction y, dos meses después, mamá se marchó a un rancho de California. Tal vez estuviera enfa-

dada porque no le conté lo que había pasado. Pero no puedo contárselo a nadie.

Durante ese largo y desocupado verano, me dispuse a buscar en Internet artículos, imágenes o historias que reemplazaran la que no dejaba de reproducirse en mi cabeza. Por un lado estaba el obituario que decía que May era una chica preciosa, una excelente estudiante y una persona muy querida por su familia. Por otro, un breve artículo del periódico, titulado «Adolescente local muere trágicamente» y al que acompañaba una fotografía de flores y cosas que algunos alumnos de su antiguo colegio habían dejado junto al puente, además de su foto del anuario, en la que sale con una sonrisa, el pelo brillante y los ojos fijos en quienes la miramos.

Quizá puedas ayudarme a volver a encontrar una puerta que dé a un mundo nuevo. Aún no he hecho ningún amigo; es más, apenas he pronunciado palabra en la semana y media que llevo aquí, más allá de «presente» cuando pasan lista o de cuando pido indicaciones en secretaría para ir a una clase. Pero en mi clase de Lengua hay una chica que se llama Natalia y se hace dibujos en los brazos... No los típicos corazones, sino campos con criaturas y árboles y chicas de aspecto vivaz. Lleva el pelo recogido en dos trenzas que le caen hasta la cintura y en su piel oscura todo resulta absolutamente suave. Sus ojos son de dos colores distintos: uno casi negro, el otro verdoso. Ayer me pasó una nota en la que sólo había una carita sonriente. Se me ocurre que a lo mejor pronto podría intentar almorzar con ella.

Cuando todos se ponen en la cola para comprar las cosas del almuerzo, es como si formaran un equipo. No puedo dejar de pensar

que ojalá estuviera yo allí también, en esa fila. No he querido molestar a papá para pedirle dinero porque cuando lo hago se estresa, y no puedo pedírselo a la tía Amy porque ella cree que estoy satisfecha con los bocadillos. Pero he empezado a recoger calderilla cada vez que la encuentro: un centavo en el suelo, veinticinco centavos en la máquina averiada de refrescos... Y ayer cogí cincuenta centavos del tocador de tía Amy. Me sentí culpable, aunque con eso tenía suficiente para comprar un par de Nutter Butter.

Disfruté de toda la experiencia en sí: el estar en la cola con todos los demás; el que la chica de delante tuviera bucles rojos en la cabeza que, saltaba a la vista, ella misma se hacía; el ver la fina arruga que recorrió el envoltorio de plástico al abrirlo y la manera en que cada mordisco producía un crujido como de algo que se quiebra.

Después sucedió lo siguiente: estaba mordisqueando una Nutter Butter y observando a Sky a través de las hojas que caían cuando él me vio. Se estaba dando la vuelta para hablar con alguien y fue como si lo hiciera a cámara lenta. Nuestros ojos se encontraron por un instante, hasta que yo los aparté. Me sentí como si varias luciérnagas me revolotearan bajo la piel, iluminándome. Cuando alcé la vista, él aún me miraba. Sus ojos eran como tu voz: llaves de un lugar que podía abrirse de golpe en mí.

Atentamente,
Laurel



Querida Judy Garland:

Se me ha ocurrido escribirte porque *El mago de Oz* sigue siendo mi película favorita. Mi madre siempre me la ponía cuando estaba enferma y no iba a clase. Me daba un *ginger ale* con cubitos de hielo de plástico color rosa y una tostada con canela, y tú cantabas «Somewhere Over the Rainbow».

Ahora sé que todo el mundo conoce tu cara, que todo el mundo conoce tu voz. Pero no todo el mundo está al tanto de tus orígenes previos al cine.

Me resulta fácil imaginarte de niña, en la ciudad cercana al desierto de Mojave donde creciste, bailando claqué un día de diciembre en el escenario del teatro de tu padre y agitando cascabeles. Aprendiste enseguida que, en los aplausos, clamor rima con amor.

Te imagino en las noches de verano, cuando todo el mundo iba al teatro para aprovechar la refrigeración. Tú salías al escenario y lograbas que, por un momento, el público olvidara todos sus temores. Tus padres te sonreían. Siempre parecían muy felices cuando cantabas.

Más tarde, la película se desdibujaba en una neblina blanca y negra y te entraba sueño. Tu padre te llevaba afuera y llegaba el momento de regresar a casa en su coche, como un barco surcando el oscuro asfalto que revestía la tierra.

Nunca quisiste que nadie estuviera triste, así que continuaste cantando. Te cantabas a ti misma nanas para dormirte cuando tus

padres discutían y, cuando no discutían, cantabas para hacerles reír. Usabas tu voz como una especie de pegamento capaz de unir a tu familia. Y para evitar desmoronarte.

Para que May y yo nos durmiéramos, mi madre nos cantaba una canción de cuna. Canturreaba: «Estrellita, ¿dónde estás?», me acariciaba el pelo y se quedaba hasta que me dormía. Cuando no podía dormir, me decía que me imaginara dentro de una burbuja gravitando sobre el mar. Yo cerraba los ojos y flotaba allí, escuchando las olas; luego bajaba la vista hacia las aguas relucientes. Cuando la burbuja se rompía, oía su voz, y eso creaba una nueva burbuja.

Ahora, cuando trato de imaginarme sobre el mar, la burbuja se rompe al instante y tengo que abrir los ojos, sobresaltada, para no estrellarme. Mamá está demasiado triste para ocuparse de mí. Papá y ella se separaron justo antes de que May empezara el instituto, y tras la muerte de May, casi dos años después, mamá se marchó a California.

Al estar papá y yo solos, en la casa hay ecos por todas partes. En mi mente retrocedo a cuando estábamos todos juntos: percibo el olor de la carne que mamá freía para cenar, el chisporroteo. Si miro por la ventana, casi puedo vernos a May y a mí en el jardín, recolectando ingredientes para nuestras pócimas.

En lugar de quedarme con mamá cada dos semanas, tal y como May y yo hacíamos tras el divorcio, ahora me quedo con la tía Amy. En su casa hay otro tipo de vacío: no está llena de fantasmas, sino sumida en el silencio. Hay estanterías con vajillas floridas y muñecas de porcelana, jabones con forma de rosa muy útiles para limpiarte la

tristeza. Pero supongo que los guarda para cuando de verdad hagan falta, porque en el baño sólo usamos jabones Ivory.

Ahora estoy mirando por la ventana de su fría casa, bajo el rosal, para ver si encuentro la primera estrella.

Ojalá pudieras contarme dónde te encuentras ahora. Es decir, ya sé que has muerto, pero creo que los seres humanos no pueden desaparecer del todo. Fuera ha oscurecido y tú estarás por ahí, en alguna parte. En alguna parte. Me gustaría que pudieras entrar.

Atentamente,
Laurel



Querida Elizabeth Bishop:

Quiero hablarte de dos cosas que han pasado hoy en Lengua: hemos leído un poema tuyo y yo he hablado en clase por primera vez. Llevo dos semanas en el instituto y hasta ahora me había pasado el tiempo mirando por la ventana, observando el vuelo de los pájaros entre los cables de postes telefónicos y las titilantes hojas de los álamos. Estaba pensando en un chico, Sky, en lo que verá al cerrar los ojos, cuando oí mi nombre. Alcé la vista. Los pájaros empezaron a aletearme en el pecho.

La señora Buster me miraba.

—Laurel, ¿puedes leer?

Ni siquiera sabía por qué página íbamos. Mi mente se quedó en blanco... Y entonces Natalie se inclinó y volteó mi fotocopia para indicarme el poema correcto. Empezaba así:

*El arte de perder no es difícil de dominar;
tantas cosas parecen resueltas a ser extraviadas
que su pérdida no es una calamidad.*

Al principio estaba muy nerviosa, pero, mientras leía, empecé a escuchar y lo comprendí.

*Pierde algo cada día. Acepta el malestar
de las llaves perdidas, de las horas gastadas.
El arte de perder no es difícil de dominar.*

*Luego practica para perder más lejos, con mayor celeridad:
lugares y nombres, y rutas que en tu mente tenías ya trazadas.
Ninguna de esas pérdidas supondrá una calamidad.*

*Perdí el reloj de mi madre. Y, ¡mira!, me vi carente
de la última o penúltima de mis tres casas amadas.
El arte de perder no es difícil de dominar.*

*Perdí dos hermosas ciudades. Y aún más:
algunos reinos que poseía, dos ríos, un continente.
Los añoro, pero no fue una calamidad.*

*Aun al perderte (la voz burlona, un gesto
amado) no habré mentido. Es evidente
que el arte de perder no es difícil de dominar,
así parezca (¡escríbelo!) una calamidad.*

Mi voz debió de temblar más de la cuenta, como si el poema me hubiera sacudido, porque cuando terminé en el aula reinaba un silencio sepulcral.

La señora Buster hizo lo habitual: fijó sus ojos un tanto desorbitados en la clase y preguntó:

—¿Qué opináis?

Natalie echó un vistazo en mi dirección. Supongo que le dio pena que todo el mundo estuviera mirándome a mí en lugar de a la señora Buster, porque alzó la mano y dijo:

—Bueno, está claro que miente. No es fácil perder cosas.

Todos apartaron la vista de mí y la clavaron en Natalie.

—¿Por qué algunas cosas son más difíciles de perder que otras?

—planteó la señora Buster.

A juzgar por el tono de Natalie, la respuesta era obvia:

—Pues por amor, claro. Cuanto más quieres algo, más te cuesta perderlo.

Alcé la mano antes de poder pararme a pensarlo.

—Creo que cuando pierdes algo a lo que estás muy unido es como si te perdieras a ti mismo. Por eso a la autora, al final, le cuesta hasta escribir. Apenas recuerda cómo se hace... porque ya no tiene claro *qué* es ella.

Todas las miradas se desviaron hacia mí, pero, afortunadamente, justo después sonó el timbre.

Recogí mis cosas lo más rápido que pude. Miré a Natalie y me dio la impresión de que a lo mejor estaba esperándome. Quizás ese fuera el día en que me preguntara si quería comer con ella y yo pudiera dejar de sentarme junto a la verja.

Pero la señora Buster me llamó:

—Laurel, ¿puedo hablar contigo un momento?

En ese momento la odié, porque Natalie se fue. Me situé ante su escritorio y dijo:

—¿Qué tal te va?

—Uhm... Bien. —Aún me sudaban las palmas de las manos por haber hablado en clase.

—Me he dado cuenta de que no me has entregado los deberes. La carta.

Clavé la vista en el reflejo que proyectaba el tubo de luz en el suelo y balbucí:

—Ah, sí. Perdón. Todavía no la he terminado.

—Bueno, te aumentaré el plazo por esta ocasión. Pero me gustaría que me la trajeras la semana que viene.

Asentí.

—Laurel, si alguna vez necesitas hablar con alguien... —dijo entonces.

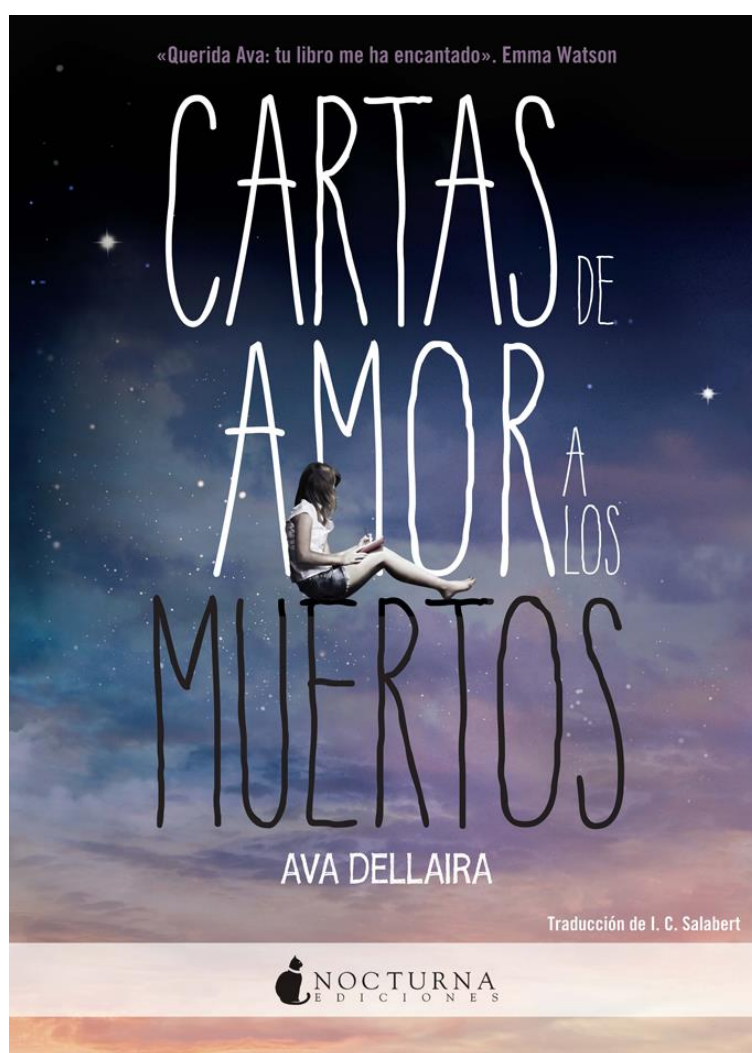
La miré inexpresiva.

—Di clases en Sandia —añadió con cautela—. Cuando estaba en primer año, May iba a mi clase de Lengua.

SIGUE LEYENDO

CARTAS DE AMOR A LOS MUERTOS

Ava Dellaira



ISBN: 978-84-944243-2-8 | PVP: 15,00 € | A la venta: 23-11-2015

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com